

Domingo después de la Pascua

1 Juan 5:4-12

“Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son uno. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres concuerdan. Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios, porque este es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, lo ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”.

LA FE VICTORIOSA.

1. Esta Epístola se prescribió sobre todo para leerse en este domingo porque habla del bautismo y el nuevo nacimiento de los que son cristianos y creyentes. Antes fue la costumbre en las iglesias que en este tiempo poco después de la Pascua los que habían aceptado la fe en Cristo y sido instruidos en ella fueron bautizados en conjunto. Por eso la gente llamaba este domingo “Dominica in albis”, y los alemanes lo llamamos “El domingo blanco”, porque los candidatos para el bautismo se vestían lino blanco para señalar y confesar su bautismo y nuevo nacimiento, así como la gente todavía viste a los niños bautizados en un vestido bautismal blanco.

LA NUEVA TIERRA.

2. Por eso, aunque esta lección no menciona la resurrección de Cristo, habla de sus frutos, a saber, la fe, y toda la vida cristiana, que llama “ser nacido de Dios”; y del testimonio del Espíritu Santo por el bautismo, que nos asegura de que somos hijos de Dios y tenemos, por medio de Cristo, la vida eterna, etc.

3. Aunque las palabras son muy sencillas, como San Juan acostumbra hablar, a los oídos de todos los hombres son completamente inusuales e ininteligibles. El mundo lo considera similar al balbuceo de niños o las palabras de los necios. ¿Qué se está diciendo con las palabras: “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”? “Vencer el mundo” suena como si un hombre debería someter todo en la tierra y hacerse señor y emperador del mundo entero. Es todavía más absurdo que la gente sea nacida de Dios. “¿Quién jamás se ha oído”, dice el mundo, “que hijos nazcan de Dios?” No sería tan ridículo si dijera que deberían nacer de piedras, como inventaron los poetas paganos. No conocen ningún otro nacimiento que de hombre y mujer. Por tanto, esta ciertamente queda siendo una predicación extraña, que nadie entiende ni comprende que no sean los

cristianos; que deben hablar con tal lenguaje nuevo (como dice Cristo, Marcos 16), enseñados e iluminados por el Espíritu Santo.

4. Es claro, entonces, que cuando la Escritura habla de este nacimiento, que llama “ser nacidos de Dios”, no habla de la vida humana y los asuntos que tratan con esta vida temporal, sino acerca de los asuntos altos que pertenecen a la vida venidera. Lo que quiere decir es, si un hombre se va a redimir del pecado y la muerte eterna, entrar en el reino de Dios y ser salvo, no es suficiente que nazca de padre y madre; es decir, todo lo que tiene por naturaleza y trae con él no es suficiente, tal como la razón, el libre albedrío, y toda habilidad y conducta humana. Este nacimiento físico incluye y contiene todo lo que tiene y de qué es capaz el mundo, tales como los grandes, poderosos, nobles, ricos, sabios doctos, santos, y, en resumen, todo lo que sea más alto y mejor en la tierra. Todo esto no da y hace más que servir esta vida y existencia corporal. Todo ello se quita por la muerte y debe quedarse eternamente bajo ello.

Por tanto se hace necesario un segundo nacimiento nuevo, un nacimiento mejor que todos los hombres, emperadores, reyes o los más sabios y poderosos de la tierra, que no son otra cosa sino, como dice Isaías (cap. 40:6); “toda carne es hierba y toda su gloria como la flor del campo. La hierba se seca y la flor se marchita”. Lo que se necesita es la clase de nacimiento que se llama “ser nacido de Dios”, en que él mismo es padre y madre, es decir, por su poder divino sobre la naturaleza obra habilidades en el hombre y produce una nueva luz, entendimiento y corazón.

5. Esto sucede cuando la persona escucha las palabras del evangelio acerca de Cristo, que es revelado y proclamado no por el entendimiento y la voluntad del hombre, sino por el Espíritu Santo, y sinceramente las cree. Entonces se llama y es uno que es concebido y nacido de Dios, como también San Juan dice: (Juan 1:12); “Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Y en este capítulo, poco antes de estas palabras, también dice: “Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo es nacido de Dios”. Por esa fe también somos recibidos como hijos de Dios por amor a su Hijo, de modo que ahora se agrada de nosotros, somos herederos de la vida eterna, y el Espíritu Santo se da en nuestro corazón, como se dice en más detalle después.

6. De esta forma, se están condenando a los maestros y espíritus arrogantes, que alegan y presumen que son justificados ante Dios por sus propios méritos y obras y piensan que porque son personas sabias, doctas, razonables, honestas y piadosa, está en su poder hacer bien, para que Dios tenga que agradarse de ellos y por eso les llevará al cielo. Pero las Escrituras claramente enseñan lo opuesto, que todas estas cosas no son nada a la vista de Dios, puesto que todo es solo humano y no nacido de Dios. Por tanto, aunque fueras tan sabio, poderoso, y el fruto más noble y hermoso que la naturaleza humana podría producir, sin embargo no podrás ver el reino de Dios a menos que te hagas otro hombre, nacido de nuevo, como dice Cristo, Juan 3. No comenzarás esto tú mismo con tus pensamientos y poderes, porque ciertamente no puedes hacerte diferente de lo que eras por nacimiento de tu padre y madre. Más bien, Dios debe comenzararlo en ti y

conceder su semilla, es decir, su palabra, por al cual el Espíritu Santo obra en ti, de modo que te aferres a ella por la fe, como se dijo.

7. Ahora, el que así es nacido de Dios, declara Juan, vence el mundo. Estas palabras son impresionantes y profundas, habladas en la forma en que habla el Espíritu Santo. Es un poder y obra muy grande. Porque todo el que es un hijo de Dios debe hacer y ser capaz de cosas grandes. Así este nacimiento (por la palabra y la fe) hace verdaderos emperadores y reyes sobre todos los reyes y señores; vencen el mundo, algo que ningún emperador romano ni turco puede hacer. Sin embargo, no lo hacen por poder corporal ni mundano, sino por este nacimiento espiritual de la fe, como dice pronto después: “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”. Así él mismo explica lo que quiere decir con “ser nacido de Dios”.

LOS DOS REINOS

8. Si quieres saber qué clase de victoria y vencimiento es esto y cómo sucede, entonces primero debes saber lo que quiere decir con “el mundo”. No habla aquí de ciudades y tierra, campos, casa y hogares, dinero ni bienes. Más bien, divide y distingue los dos reinos. Uno se llama el reino de Dios y Cristo, y es el reino del cielo. En ese reino hay, primero, los consejeros supremos y principales, y los primeros señores, los ángeles en el cielo. Después de ellos, hay toda la iglesia cristiana en la tierra. Están bajo una Cabeza, Señor y Rey, Cristo. El otro dominio es el reino infernal en donde el diablo es el señor y príncipe, junto con sus poderosos consejeros y siervos, los ángeles que juntos con él cayeron del cielo, y “el mundo”, que es la gente en la tierra que enseña, cree y vive contra Cristo; los paganos y judíos, los turcos y los falsos cristianos.

Cuando hablamos del reino celestial de Dios, debemos entender no solo el gobierno y el pueblo que pertenece al cielo sino también especialmente el Señor y Soberano mismo, Cristo, con todos sus ángeles y santos, tanto vivos como muertos. Así también, “el mundo” o “el reino del mundo” no significa solo la existencia y vida terrenal sino particularmente su señor y regente, el diablo, con sus ángeles y toda la gente incrédula impía y malvada en la tierra. Así, cuando Juan dice aquí: “todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”, con la palabra “mundo” quiere decir primero y principalmente el diablo mismo con todo su poder y todo su gobierno en la tierra.

9. Es evidente y no escondido cómo estos dos reinos son gobernados, excepto que no vemos las dos cabezas, el Señor Cristo y el diablo. Cristo mismo reina directamente con su propia fuerza y poder por la palabra y por el Espíritu Santo en el corazón de sus creyentes. Preserva y protege a ellos en la fe y el conocimiento de su palabra contra la ira del diablo y su astucia. También lo hace por medio de sus ángeles, que los guardan. Y ellos mismos, por su servicio y obra de amor unos entre otros, se enseñan mutuamente, instruyen, consuelan amonestan, etc. Así tiene en su pequeño rebaño personas excelentes, buenas, obedientes, pacientes, castas, bondadosas, generosas y caritativas.

Por otro lado, también podemos ver fácilmente qué es el gobierno del diablo y cómo vive y actúa el mundo. No es obra cosa sino un gran establo lleno de gente incrédula, vergonzosa, mala, que han sido impulsadas por su dios a toda clase de desobediencia, ingratitud y desdén por Dios y su palabra. También han sido impulsados a la idolatría y la falsa doctrina, a perseguir y afligir a los buenos cristianos, y en otras formas a practicar toda malicia, delito, maldad y vicio.

10. Estos son los dos reinos opuestos. Luchan continuamente entre sí por la corona; pelean por cuál obtiene la victoria y la supremacía. Los cristianos así son llevados a la batalla y deben tomar el campo contra el enemigo de Dios, que gobierna el mundo por las mentiras y el asesinato. Deben pelear con su multitud de siervos, espíritu sectarios, y gente maligna, vergonzosa, para que restrinjan el mal y promuevan el bien. Así son equipados a saber cómo deben enfrentar y resistir al enemigo para que no sean vencidos, sino ganen el campo y la victoria.

LA FE, LA VICTORIOSA

11. Por eso Juan dice: “Todo lo que es nacido de Dios vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”. Habla así para amonestar a los cristianos que si creen, deben tener la intención de demostrar y vivir el poder y el uso de esta fe en sus obras. La meta principal en escribir esta Epístola fue reprender a los cristianos falsos que se agradan de escuchar que somos salvos solo por Cristo, y nuestras obras y méritos no ganan nuestra salvación. Se imaginan que cuando han escuchado eso, ahora son cristianos y no necesitan hacer ni luchar por nada; no piensan que por medio de y por esta fe deben hacerse nuevas personas que vencen al mundo y al diablo.

12. Esta debe ser la marca distintiva de los verdaderos cristianos, por la cual se puede saber que son nacidos de Dios. Esto debe distinguirlos de los hijos falsos que solo quedan con la espuma de la palabra de Dios pero nunca experimentan su poder. Eso produce solo un aborto en donde no hay verdadera vida ni poder divino. Eso significa no ser nacido de Dios y seguir en la vida vieja, muerta, mundana, viviendo y acostándose en el pecado al agrado del diablo, como eran anteriormente, más bien que oponiéndose al diablo y todo su reino. Por tanto, si no vences el mundo, sino dejas que él venza a ti, ciertamente puedes jactarte acerca de la fe y Cristo, pero tus propias obras testifican en contra de ti que no eres hijo de Dios.

Si puedo comenzar con lo más bajo y dar un ejemplo burdo: Si te jactas de que eres hijo de Dios y sin embargo vives en fornicación, adulterio, etc., entonces el diablo ya te ha vencido y arrancado del reino de Dios. Si eres un avaro que haces daño a tu prójimo con usura, por cobrar en exceso, con mercancías falsas y comercio fraudulento, has permitido que el mundo y tu propia carne te venzan por una moneda. Si tienes envidia y odio contra tu prójimo, ya eres un siervo cautivo del diablo. Así también en los puntos sutiles, altos, debemos oponernos a la maldad y los trucos del diablo, con los cuales engaña a la gente con falsas doctrinas y les empuja a la idolatría, la falsa creencia, la presunción, la desesperación, la blasfemia, etc. Ahora, si cedes al diablo y te dejas ser engañado, ¿en qué te ayuda que jactes del evangelio y la fe, si todavía no has

acogido apropiadamente la palabra de Dios y no reconoces propiamente a Dios en Cristo, sino andas en el error y las falsas opiniones, captado y engañado por el diablo.

13. Por tanto, la mera sabiduría y destreza humana no bastan para enfrentar un enemigo tan formidable como el diablo y obtener la victoria. Como he dicho, el cristiano debe ser tan equipado que sabe cómo guardarse contra la maldad y engaño del diablo e incluso poder oponerse a él. Por tanto, si se debe llamar una persona que es “nacida de Dios”, entonces debe ser otro hombre que un pagano razonable y un hombre inteligente, mundano. Debe entender correctamente la palabra de Dios, conocer correctamente a Cristo, haberse acogido de él por la fe, y emplear y usarlo como su armadura y defensa en esta batalla. Entonces puede pararse contra el diablo y el mundo y ganar la victoria. Entonces tiene la fuerza y el poder, es decir, la palabra de Dios y la fe, de modo que prevalezca y no pueda ser vencido, por cuanto tiempo que queda con ellos.

Por eso San Juan dice inmediatamente antes de nuestro texto: “este es el amor a Dios: que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”. Luego sigue: “Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo”, etc. Este nacimiento, si es genuino, es tan fuerte que vence al diablo, al mundo, y todo. Asimismo, un niño legítima y plenamente nacido en el mundo puede fácilmente vencer una enfermedad común, mientras uno que nace inoportuna, prematura o abortivamente muere y perece por sí solo.

14. Por ejemplo, si tengo fe y soy nacido de Dios, no me contaminaré con la falta de castidad y la fornicación, no pondré en vergüenza el cónyuge o hijo de otro. El nuevo nacimiento en verdad me enseñará a no rechazar vergonzosamente el tesoro que tengo en Cristo, no perderlo voluntariamente, y no expulsar de mí el Espíritu Santo que mora en mí. La fe, si realmente mora en mí, no me permitirá hacer nada en violación de mi conciencia y de la palabra y voluntad de Dios.

Asimismo, si la avaricia me anima a engañar y defraudar a mi prójimo, o cerrar mi mano cuando debo ayudarlo, si soy un cristiano y nacido de nuevo, mi fe tendrá que levantarse y amonestarme a no hacerlo. ¿Puedo herir a mi prójimo o permitirlo a sufrir la carestía cuando yo pueda contribuir a su alivio, si estoy consciente de que Cristo ha dado su cuerpo y derramado su sangre por mí? ¿Cómo puede entrar en el corazón del cristiano que cree que ha recibido tesoros inefables y eternos por medio del Hijo de Dios, la inclinación a permitir que su prójimo sufra una necesidad trivial cuando fácilmente puede dar alivio? Mucho menos sería posible que el cristiano hiriera o hiciera una injusticia a su prójimo para vergonzosamente obtener alguna pequeña ventaja. Más bien debe pensar: “Si soy, por medio de Cristo, un hijo de Dios y un heredero del cielo, la totalidad de los bienes de este mundo es demasiado insignificante para inducirme, por amor a una moneda, a engañar o defraudar a nadie”.

Luego, también, si el diablo te tienta con sus espíritus tiránicos, facciosos, o hasta por tus propios pensamientos, a abandonar la doctrina pura por sus engaños, tú como cristiano debes resistir la tentación, recordando lo que has recibido por la fe de Cristo en el evangelio; has sido liberado de la oscuridad, la ceguera y el error; has aprendido a

conocer rectamente a Dios; y has obtenido la segura consolación de la gracia y la salvación, y sabes en qué tendrás que depender por la vida. ¿Por qué, entonces, ceder al diablo, permitiendo que se te roben la salvación y la vida eterna? ¿Por qué más bien no dejar de lado todo bien terrenal antes que negar la palabra de Dios o permitir que esta bendita consolación se te quite, sea corrompida, y falsificada?

15. Esto es lo que San Juan dice: “esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe”. Esta es una alabanza grande, gloriosa para la fe cristiana, que tiene la clase de poder contra el diablo y el mundo que no se hace ni se obtiene con obras y habilidades humanas. Debe tener una fuerza y poder más alto y mayor para triunfar sobre el diablo, especialmente en los altos conflictos de la conciencia, cuando aflige y tortura el corazón con susto por la ira de Dios y por este medio quiere forzarla a desesperarse. Entonces inmediatamente todas nuestras obras tienen que caerse, y no hay ninguna ayuda ni victoria excepto la fe, que se aferra a las palabras del Señor Cristo y concluye que Dios tiene misericordia de nosotros por amor a su querido Hijo y no quiere condenarnos debido a nuestros pecados e indignidad, si creemos en él. Esta fe es firme y obtiene la victoria, de modo que ni el diablo ni las puertas del infierno pueden hacer nada contra ella.

16. Lo mismo es el caso con todas las tentaciones a las cuales debo oponerme y vencerlas, esta fe debe estar presente: que yo por medio de Cristo tengo el perdón de los pecados y un Dios misericordioso, que quiere darme ayuda y fuerza para quedarme firme en el conflicto, de modo que el diablo, la muerte, el mundo y la carne no me venzan. Así gano la victoria por el poder divino del Espíritu Santo, porque de otro modo junto con toda la gente sería demasiado débil. Sin la fe todos nosotros ya, con nuestro nacimiento viejo, estamos bajo el poder del diablo y el pecado y no podemos ser redimidos de esto excepto por la fe en Cristo.

17. San Juan muestra con claras palabras que está hablando precisamente de esta fe en Cristo cuando dice: “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” Dice esto para explicar con precisión qué es la verdadera fe de que habla la Escritura. De otro modo, hay varias clases de creencias que el mundo llama “fe”. Los judíos, turcos y papistas también creen (como dicen) en Dios que creó el cielo y la tierra. Sin embargo, eso todavía no es verdadera fe, como se prueba por el hecho de que no hace ni crea nada; ni lucha ni vence, sino deja a todos como son, en su nacimiento viejo y bajo el poder del diablo y el pecado.

La verdadera fe victoriosa es la que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios. Es un poder invencible obrado en el corazón de los cristianos por el Espíritu Santo. Entiende con seguridad y no aletea aquí y allá ni mira sus propios pensamientos, sino se aferra a Dios en Cristo como su Hijo enviado del cielo, por medio de quien revela su voluntad y corazón y nos libra del pecado y la muerte para darnos la gracia y la nueva vida eterna. Esta confianza y seguridad, que no descansa sobre su propio mérito ni dignidad sino sobre Cristo, el Hijo de Dios, y en su poder y fuerza, lucha contra el mundo y el diablo. Por tanto, esta fe no es un pensamiento frío, sin valor, vacío y ocioso (como los papistas

y otros sueñan que es la fe) sino un poder vivo y activo, de modo que en dondequiera que está, su fruto, la victoria y la conquista tienen que seguir, o si no siguen, entonces la fe y el nuevo nacimiento no están allí.

LA FUENTE DE FE.

18. Esa es la primera parte de este sermón sobre el nuevo nacimiento y la fe. Segundo, señala de dónde y por qué medio viene esta fe, que tiene esta victoria y conquista. Dice: “Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre; no mediante agua solamente, sino mediante agua y sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre”, etc.

19. Está hablando del reino de Cristo y del oficio del Espíritu Santo que él conduce externa y visiblemente en la iglesia cristiana por medio del oficio de la predicación y los sacramentos, como dice: “Y tres son los que dan testimonio en la tierra”. Lo llama un “testimonio” en la forma que acostumbra tanto usar la palabra, tal como al comienzo de su Evangelio acerca de Juan el Bautista (cap. 1:7): “Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz”. Así con él el “testimonio” o “testificar” no significa otra cosa que la predicación pública de la palabra de Dios. Cristo también dice del oficio del Espíritu Santo que testificará acerca de él (Juan 16:9-14); es decir, conducirá el oficio de la predicación pública, que es un testimonio que Dios mismo da acerca de su Hijo, Cristo, como dice aquí. Esto quiere decir que tenemos esta victoria sobre el diablo y el mundo por la fe por causa de Cristo, el Hijo de Dios.

20. Este testimonio Cristo mismo lo arregló para que siempre saliera y quedará en la iglesia. Con este fin Cristo envió al Espíritu Santo y él mismo llamó y dio apóstoles y sus sucesores: pastores, predicadores, maestros, como San Pablo dice (Efe 4:11-13), que deben proclamarla para que siempre resuene en todas partes en el mundo, alcanzando a los hijos y nietos y sus descendientes. De otro modo no necesitaríamos el púlpito y todo el gobierno externo de la iglesia, porque cada uno podría leer la Escritura por sí mismo. Pero por causa de la multitud y de los jóvenes que todavía están creciendo, debe proclamar este testimonio público o el oficio de la predicación, para que también aprendan a conocer la gracia de Dios que da y nos muestra por medio de Cristo. Así sus obras y milagros nos son conocidos y públicamente alabados por medio de nosotros contra el diablo y el mundo.

21. En dondequiera que se va este testimonio, seguramente no queda sin fruto y no falla. Seguramente afecta a algunos, quienes lo aceptan y creen. Puesto que es el testimonio del Espíritu Santo, como dice aquí, “el Espíritu da testimonio”, también será poderoso por medio de él y hará lo que San Juan dice, a saber, que llegamos a ser hijos de Dios y tenemos la victoria, la conquista y la vida eterna. Así ambas cosas se juntan, la palabra (o la predicación y el testimonio) y la fe. Finalmente, no deben quedarse separados, porque sin fe, la predicación no logra nada; sin embargo, la fe no viene de ninguna otra forma sino por medio de la palabra. Así, debemos gustosamente oír y tratar con ella, porque en donde está la palabra, allí está también el Espíritu Santo; pero en donde él

está, allí también debe haber algunos que creen. Aunque antes hayas oído la palabra y recibido la fe, sin embargo siempre es fortalecida por este medio. Nadie sabe a qué horas Dios tocará e iluminará su propio corazón o el de otro. Ciertamente puede suceder en una hora cuando menos lo esperas. El Espíritu (dice Cristo) “sopla donde quiere” y toca corazones cuándo y dónde él los conoce.

22. San Juan habla aquí de este poder y fuerza hechos por el Espíritu Santo, y también muestra de dónde y por cuál medio este testimonio tiene este poder. Dice de Cristo: “Este es Jesucristo, que vino mediante agua y sangre”, etc. Incluye lo que tenemos en el reino de Cristo y alaba el poder de nuestro querido bautismo y del sufrimiento o la sangre de Cristo. Trae y une todo en un atado y produce un tercio del testimonio, de modo que los tres están todos juntos al mismo tiempo y uno con otro testifican a y confirman nuestra fe, a saber, el agua, la sangre y el Espíritu.

BAUTISMO POR AGUA Y SANGRE

23. El primero es que Cristo viene con agua (es decir, por el Santo Bautismo). Emplea este como una señal externa de su obra del nuevo nacimiento y la santificación del hombre. Esta agua con que viene Cristo no puede ser solo una señal vacía; porque no viene solo para limpiar y bañar el cuerpo con agua, sino para purificar al hombre entero de toda la inmundicia y los defectos inherentes en nosotros desde Adán. Así ha preparado un baño muy diferente del de Moisés en el Antiguo Testamento. Allí había toda clase de leyes acerca de lavamientos y purificaciones, pero solo eran para limpiar el cuerpo o la carne y diariamente se tenían que repetir. Ahora, puesto que todo esto no ayudaba a limpiar al hombre a la vista de Dios, algo que tenía que suceder por un nuevo nacimiento, Cristo vino con un nuevo baño de agua y bautismo, que no es solo un lavar externo de impurezas físicas, sino un baño que limpia al hombre de la impureza interna de su nacimiento viejo pecaminoso y de una mala conciencia. Le trae el perdón de los pecados y una buena conciencia para con Dios, como dice San Pedro, 1 Ped 3:21. Por eso Pablo, también (Tit 3:5), llama el bautismo “el lavamiento de la regeneración y ... la renovación en el Espíritu Santo”.

24. Comenzó este bautismo por medio de Juan el Bautista, y para distinguirlo del bautismo mosaico, el antiguo rito judío de las abluciones, Cristo lo llama “un bautismo de arrepentimiento para la remisión de los pecados”. Eso quiere decir que el hombre reconoce sus impurezas internas y sabe que a la vista de Dios la limpieza externa mosaica no ayuda; se tiene que buscar y recibir la limpieza de la conciencia y el perdón de los pecados por el poder del Señor Cristo, quien instituyó el bautismo.

25. Segundo, si esto debe sucedernos por el bautismo, luego no debe haber solo agua ordinaria allí, porque de otro modo no podría hacer más que cualquier otro baño de agua o el bautizarse y bañarse judío o turco. Más bien, debe haber un poder y fuerza allí que pueda limpiar internamente a las personas según el alma. Por eso Cristo viene (dice San Juan) no solo con agua sino también con sangre, no con la sangre de bueyes ni becerros ni chivos, que fueron los sacrificios del Antiguo Testamento, sino con su propia sangre, como dice San Pablo (Hebreos 9:12). Viene por el oficio de la predicación del Nuevo

Testamento (que es su gobierno en la tierra), nos imparte el poder y la obra de su sacrificio y sangre que él derramó por nuestros pecados, y así nos da el tesoro con que compró nuestra redención.

26. Por tanto, en el bautismo está ahora también el poder de la sangre de Cristo, que es la verdadera lejía que no solo quita la inmundicia de la piel del cuerpo, sino también penetra, limpia y lava la inmundicia interna, de modo que el corazón se hace puro ante Dios. Así la sangre de Cristo se mezcla poderosamente en el agua del bautismo, de modo que no la debemos mirar ni considerar como agua ordinaria, sino más bien como ya teñida y enrojecida con la sangre preciosa color de rosa del querido Salvador, Cristo. No se llama un baño común de agua, como lo puede dar Moisés o el asistente en un baño, sino un bautismo saludable de sangre, que Cristo, el Hijo de Dios solo ha preparado por su propia muerte.

27. Este es algo que también fue intencionalmente señalado y explicado como un milagro especial en la historia del sufrimiento de Cristo. Cuando en la cruz le abrieron su costado: “al instante salió sangre y agua”. Esto sucedió para mostrar que esto no sería sangre derramada en vano, sino un lavamiento o un baño, el poder del cual está en el bautismo por el agua, de modo que después de la muerte de Cristo un río eterno fluiría de su cuerpo en toda la cristiandad, fluyendo con sangre y agua, por la cual debemos ser limpiados del pecado. Lo que hace nuestro querido bautismo tan precioso, santo y valioso es que está mezclado con y unido con la sangre de Cristo. Como resultado,, ser bautizado en Cristo por el agua realmente significa ser lavado y limpiado con la sangre de Cristo.

28. La tercera parte que San Juan agrega a estos dos es el Espíritu, que da testimonio con los otros dos y hasta obra por medio del agua y la sangre. Este es el Espíritu Santo mismo, no como es arriba, invisiblemente en la esencia divina, sino como se manifiesta y se oye por el oficio externo y la palabra. San Juan hasta dice que él, junto con los otros dos, “testifica en la tierra”, etc.

29. Ni Moisés ni ningún otro maestro trae ni da este Espíritu con su predicación acerca de nuestras obras y limpieza y baño externo ni el rociamiento con la sangre de machos cabríos y ovejas. No hay Espíritu, poder divino, ni renovación allí, porque cualquier malhechor y villano incrédulo a quien le falta el Espíritu puede hacer todo eso. Sólo este Cristo trae con él el Espíritu Santo y su poder. Nos santifica por la sangre y el agua que fluyen de su costado divino. Nos hacer participantes de esto por el oficio externo de la predicación y los sacramentos, que son llamados el oficio y los dones del Espíritu Santo. Por medio de estos obra en su cristiandad. Comenzó con los apóstoles en el Pentecostés y dispensa esto en el mundo entero hasta el Día final. De otro modo nunca podríamos saber nada de ni recibir este poder del bautismo y la sangre de Cristo.

30. Este es el reino de Cristo, que él sin cesar desarrolla en la cristiandad. En él tenemos una purificación eterna cuando el Espíritu bien y por la palabra sopla en el corazón del hombre y lo lava, no solo por el mojarse con agua sino también por el poder saludable que tiene la sangre de Cristo para borrar el pecado y la ira de Dios. Aunque esta obra de

nuestra redención se hizo de una vez para siempre por su sangre derramada sobre la cruz, es suficiente para cancelar los pecados del mundo entero, sin embargo, Cristo lo ha establecido así para que permaneciera eternamente su poder y se distribuyera y se ofreciera a nosotros diariamente por el Espíritu Santo.

31. Esta obra del Espíritu Santo no se recibe ni se percibe excepto por la fe en este testimonio o la palabra predicada de Cristo, si el corazón lo acoge y lo considera seguro que es y sucede en él como la palabra dice. Así los que están en el santo baño de agua y de la sangre de Cristo verdaderamente son limpiados y nacidos de nuevo por el Espíritu Santo.

Por eso San Pedro (1 Pedro 1:2) llama la santificación de los cristianos “ser rociados con la sangre de Jesucristo” como el Espíritu Santo nos rocía por la predicación externa del evangelio. Este rociamiento es radicalmente diferente del rociamiento judío de agua preparada con las cenizas de un becerro rojo, o rociar de la sangre de un cordero o chivo muerto, que fue rociado alrededor del altar y untado sobre los que debían ser purificados. Aquí está la verdadera santa agua consagrada y la sangre rociada juntas, es decir, la predicación acerca de la sangre de nuestro Señor Jesucristo que es rociada en el alma, y en dondequiera que toca, no es ociosa. No es una sangre fútil, muerta, sino la sangre poderosa, viviente del Hijo de Dios. No deja el alma en la impureza, sino nos limpia y sana completamente tanto del pecado y la muerte, hasta que seamos totalmente limpios de ellos y obtenemos la vida eterna con el alma y el cuerpo.

32. Esta es una predicación gloriosa acerca del testimonio que los cristianos tienen aquí en la tierra. Aquí al final, en conclusión, resalta y alaba este testimonio en palabras hermosas y consoladoras. Lo llama el testimonio que Dios mismo da de su Hijo y que debe servir para asegurarnos y garantizarnos que somos los hijos de Dios y tenemos la vida eterna. Dice: “Y este es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna”, etc. Este en verdad es un testimonio impresionante; Dios mismo testifica y lo declara a ti, y el Espíritu Santo lo trae y lo revela a ti. Dios no puede mentir ni engañar, es la verdad eterna e inmutable, como ya dijo antes. Si crees esto, ciertamente lo has recibido y obtenido, como Juan otra vez dice: “El que cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo”.

LA FE DEBE SER IMPLÍCITA

33. Esta es la verdadera doctrina salvadora de la fe cristiana: que debe haber tal seguridad y testimonio en el corazón que no puede para nada dudar que por medio de Cristo somos hijos de Dios y tenemos el perdón de los pecados y la vida eterna. Debemos saber que Dios seriamente requiere esta fe y nos prohíbe dudarla, como dice: “el que no cree a Dios, lo ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo”.

34. Este pasaje derriba la doctrina perniciosa, condenable, diabólica de los papistas, que vergonzosamente insisten contra esto que es recto dudar y que el cristiano debe dudar de la gracia. Esto equivale a enseñar que es recto no creer el testimonio de Dios. Es acusar

directamente a Dios de la mentira, deshonrar y blasfemar al Señor Cristo, abiertamente pegar al Espíritu Santo en la boca, y deliberadamente llevar a la gente a estancarse en pecados y blasfemias imperdonables, de modo que tienen que ir al diablo y no tienen salvación ni consuelo en su bienaventuranza.

35. Tal es el hermoso fruto de la doctrina y santidad papista; este es el mandato de los que quisieran ser la iglesia cristiana. Piensan que debemos unirnos con ellos públicamente y sin temor, abiertamente llamando a Dios un mentiroso; pisoteando su palabra; y adorando al diablo en su lugar. Además, piensan que debemos alabar, honrar y agradecerles, y estar contentos de que hacen un compromiso y amistad con nosotros (aunque no quieren arrepentirse de su abominable idolatría ni reconocer su error en ningún punto, sino se adornan con pureza como si no enseñaran nada mal). Si no queremos hacer eso, entonces tenemos que ser perseguidos, asesinados y exterminados del mundo con fuego y espada. Que el diablo y la muerte hagan eso en lugar de nosotros. Todo el que es un buen cristiano debe orar y desear que Dios echara esa maldita doctrina en el abismo del infierno y castigara a los calumniadores impenitentes como merecen, porque todavía no quieren dejar de hacerlo. A eso, que todo el pueblo diga: Amén, Amén.

36. Nota particularmente la conclusión consoladora en que breve y claramente, en una palabra, incluye todo el punto y resumen del evangelio, cuando dice: “El que tiene al Hijo tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”. ¿Cómo podría hablar con más sencillez y claridad y al mismo tiempo con más fuerza? ¿Qué necesidad hay de buscar y preguntar y disputar más sobre este asunto? Si quieres estar seguro de tener la vida eterna, entonces aquí realmente la tienes si posees a Cristo el Hijo de Dios. Pero tienes a él cuando crees este testimonio y predicación (como lo ha dicho). Debes confiadamente depender de ello en la vida y en la muerte como la verdad divina eterna. Pero si no crees, no tienes la vida; y no podrás ser ayudado por nada de que tú, junto con el mundo entero sea capaz de hacer, o sufrir, porque no tienes al Hijo de Dios, porque no crees este testimonio acerca de él y haces a Dios un mentiroso.